Poemas

Gloria Vergara

Mi Dios

Me volveré del mar
la voz,
húmedo terrón
desvencijado
entre las fauces de la tromba.
Me volveré,
con todos estos años,
a caminar con mi Dios.

Porque mi Dios es un chiquillo
imprevisto,
desatento,
que aún no sabe dar el doble paso en este juego.
Hay que llevarlo de la mano siempre.
Hay que cubrirlo en el costado,
para que los niños
no arranquen su costra
de dos mil años.

Mi Dios
deja sus pasos en la sombra que me habita.
Lo llevo dentro,
como el mar su orilla.
Tiene hoy cinco años y medio,
y en los hilos de mi voz
oigo su nombre.
Es un chiquillo, mi Dios,
apenas hoy se volvió niño.
Lo mezco y lo arrullo y lo atormento
y lo llevo aquí,
en la frente,
dentro,
dentro.

De pesca

A veces quiere uno irse
en la corriente
de la vida.
Se siente pescador
y en el anzuelo
pone su mejor intento.
Espera siempre al borde
de todos esos días
y va de grito en grito como el pez
de calle en calle
desesperado
magro.

Quiere uno irse lento
por el sueño de la alcantarilla
al mar
voltear la muerte del anzuelo
dejar en cada ojo
un pez
en cada hombro
un pez
en cada seno
un caldillo de pez bien cocinado
para que los niños
sientan como el pez
el alma llena
y puedan libremente arremangar el río
su corriente
el hambre dulce
que les roe la cara.

♦♦♦

Fijeza en el desamparo

Y cabeceo en el viento
como el toro,
que en éxtasis levanta
la llama de sus ojos.
Dolores Castro

Sólo el viento gira.
Transido se agolpa en la noche
inunda los sueños
la tierra
el dolor.
Hay bocanadas de viento en las sienes
témpanos de aire.
Viento en el tallo
en el canto
en el ojo
en la rama.

Gira
como línea de tierra entre los labios.

Viento molino de todos los abismos.
Viento pez ardilla.
Viento seco.
Paloma de la noche.
Fondo hambriento del que sueña.
Árido señor que desmadeja todo aliento.
Bocado de sí mismo.
Velo de la sombra.
Espuma verde del diluvio.
Manto de la tierra.
Corona del silencio.
Señor de los primeros pasos.
Cuenca del cirio de la muerte.

¿Qué ráfaga de viento es esta noche?
Todos hablan en voz baja.
El techo
las paredes
la hilera de palabras.

Gira el viento.
Sus alas
muerden los golpes de mi sueño.

Llegan de afuera los días como langostas.
Soy una caja resonante.
Me extiendo en el chirrido de los autos
en el café
en la garganta del que pasa.
Amo este tráfico del viento.
Ruedo en el ritmo de la sangre.
Y el viento y el viento y el viento
apresa toda mi nostalgia.

Bajo los pies el viento
aventurándose.
Bajo los pies el viento
reclinándose.
Bajo los pies el viento
asobronándose en el confesionario de la infancia.
Viento con manos de jardín.
Relámpago.
Transparencia.
Contracorriente lagrimal.
Vertiginosa rueda de ayes y suspiros.
Oleaje riguroso de los pasos.
Rendija de los sueños.
Huracán.
Madrugada que deshace los deseos
entre mis dedos.

¿Qué pie absurdo viene agazapado?
¿Quién pretende
la desgracia de una cita
que traspasa las espaldas de la vida?
¿Qué secreto trae la sombra con mis poros?
¿Qué ala, qué ceniza,
qué nube, qué mármol
endurecen mi consuelo?

Todo es semejante a nada
y nazco y duro y muero y grito
en fugaces nieblas sin sentido.
Me voy.
Me quedo.
Sueno como un golpe en el corral del vaho.
Deslumbro, prodigo, empollo un latido ronco
en el pozo de mi sombra.

Mi última luz estoy llorando.
El viento borra la mudez de mi garganta.
Abro los ojos y giro
y el viento y el viento y el viento
a veces borra toda mi esperanza. ♦



